

LA CIUDAD Y SUS VILLAS

Arq. Enrique Garcia Espil

Referencia:

Arquitecto. Profesor titular de Planificación Urbana en la Fadu (Uba). Vicepresidente 1° del Consejo Profesional de Arquitectura y Urbanismo.

Presidente de la Comisión Urbanismo y Medio Ambiente del Cpau, ex secretario de Planeamiento Urbano de la ciudad de Buenos Aires. Coordinador del Plan Urbano Ambiental de la ciudad de Buenos Aires.

Ganador concurso y coautor del Plan Maestro de Puerto Madero.

Introducción:

El planeamiento urbano, que al inicio de la Revolución Industrial unificó distintas posiciones que habían surgido entre los higienistas, para impulsar una ciudad donde estuvieren garantizadas la salubridad, la vivienda digna, el disfrute del aire, del sol y de los servicios básicos, asume en estos comienzos del siglo XXI un desafío similar: la creación de condiciones de inclusión y equidad urbanas.

Buenos Aires es un caso alarmante de la marcha en sentido inverso: una ciudad cuya población orilla los tres millones de personas de las cuales alrededor de 120.000 viven en villas miserias y otras tantas, o más, ya que carecemos de cifras ciertas, lo hacen en inquilinatos, casas tomadas y pseudohoteles; situación que se da en el centro de un Área Metropolitana donde la población informal de villas y asentamientos es cada vez mayor y sus condiciones de vida cada día más denigrantes.

Probablemente no haya otro fenómeno tan significativo para el análisis urbanístico de la conurbación como el crecimiento permanente de la población que vive en condiciones de aislamiento y marginación, ya que esta exclusión se va incrementando permanentemente con tremendos impactos en los aspectos laborales donde una cantidad de jóvenes se ve fuera de las oportunidades de trabajo, lo que agrava su marginación social. Resulta importante ahondar las relaciones causales que existen entre las condiciones del hábitat y el futuro al que pueden aspirar quienes allí viven.

Hagamos una comparación que, aún cuando pueda parecer dura, es muy clara.

En la Edad Media existía una población urbana sometida muchas veces al hacinamiento, pero, capacitada para desarrollar actividades vinculadas al comercio, la producción y las artesanías de una manera muy distinta a quienes vivían dedicados a las actividades rurales. La pertenencia a uno u otro grupo estaba claramente marcada por la fuerte presencia de murallas que rodeaban las ciudades: de un lado, en el enjambre de callejuelas y edificios, se hacinaba la población urbana, del otro, en las chozas y caseríos que se levantaban en el campo, vivía la población rural.

Hoy no es la ubicación física de la casa más cerca o más lejos de determinados centros, sino la posibilidad o no de acceso a escuelas y hospitales, la conexión a redes de energía eléctrica, agua corriente o cloacas y el acceso a las líneas públicas de transporte las que evidencian la exclusión social y condicionan el futuro y las oportunidades de nuestros ciudadanos.